

**Pascua 4C**  
**Juan 10:22-30**

**Leslie Núñez Steffensen**  
**Abril 17, 2013**

En el evangelio de San Juan, regresamos a un tiempo antes de la crucifixión y la muerte de Jesús. Es el invierno, unos meses antes de la Pascua. Jesús y sus compañeros estaban fuera del Templo de Jerusalén, andaban por el Pórtico de Salomón. Los otros judíos lo rodearon y le preguntaron a Jesús, “—¿Hasta cuándo nos vas a tener en dudas? Si tú eres el Mesías, dínoslo de una vez.” De verdad le preguntaron a Jesús, “¿Quién es usted?” Me ocurrió que es una pregunta un poco rara por el cuarto domingo de la Pascua. Hemos pasado tres domingos siguientes descubriendo que el sepulcro fue vacío, el testigo de los discípulos que Jesús apareció resucitado en un cuarto cerrado, y otra vez en que le tocó Tomás al cuerpo viviente. Apareció Jesús una tercera vez en la orilla del lago Tiberios, cocinando pescado para la desayuno. Fue el Jesús verdadero, de carne y sangre, quien domó la muerte. Pero hoy, tenemos una escena retrospectiva a un tiempo cuando los judíos estaban preguntando a Jesús sobre su identidad.

El festival de la dedicación conocemos como el festival de las luces, Janucá. Dos siglos antes de que Jesús naciera, Judea fue bajo el dominio de los reyes griegos de Siria. Rey Antíoco Epifanio gobernaba Jerusalén y controlaba el Templo en Jerusalén. Quería forzar los judíos a convertir a su religión y hacer culto a los dioses greco-romanos. Como parte de su esfuerzo por erradicar el corazón del judaísmo, el rey habría sacrificado un cerdo en el altar, a profanar el templo y la Torá. Los judíos se rebelaron, dirigido por Judá Macabeo. Cuando se recuperó el templo en el 165 AEC, los judíos se borraron el santuario de todos los ídolos griegos y re-encendieron la lámpara de la presencia de Yahvé con una pequeña cantidad de aceite santificado salvado, suficiente para quemar durante un día. La siguiente porción de aceite podría tomar una semana a santificarla correctamente. La flama quedó milagrosamente encendida durante ocho días, y se celebraba la bendición de Dios a los judíos con su presencia una vez más. Janucá era todavía un nuevo festival en los tiempos de Jesús. Fue unos días de fiesta y luces durante las más largas noches de invierno. Jesús los encontraba a los judíos de Jerusalén durante esa temporada de fiesta y de celebrar el proviso de Dios, y acordarse de la bendición de la luz sobre su Pueblo, en que le preguntaron a Jesús, “¿Quién es usted?”

Los judíos quienes se rodeaban alrededor de Jesús lo veían a través de diferentes lentes que los testigos y discípulos que le siguieron. Los judíos de Jerusalén hubieran oído las noticias procedentes de la campaña de las curaciones y las enseñanzas y los milagros que realizaba este hombre de aspecto común. El Pueblo había escuchado a las historias pero no podía ver, no podía percibir la provisión y la bendición de la luz de Dios que estaba de pie delante de ellos. ¿Qué más tenía que hacer para que la gente le reconocieran como el Hijo de Dios? Regresamos a esa cuenta por el cuarto domingo de la Pascua, porque podemos verla a través de la nuestra experiencia de la resurrección. La cuestión se plantea también a nosotros: San Juan lanza la pregunta al revés en la historia y remite en nuestro tiempo: ¿ahora que ya sabes lo que sabes, ¿quién cree que Jesús es? Si hubiéramos oído el testigo del Evangelio a la vida, la muerte, y la resurrección de Jesús, ¿qué más hay que Jesús tendría que hacer para que creamos? ¿Qué diferencia hace su sacrificio y victoria en nuestra ser? ¿Cómo influye el evangelio nuestras acciones en el mundo?

Jesús es la luz de la presencia de Dios en el mundo. En nuestra tradición cristiana acodamos de la luz con la vela de Pascua encendida al lado del altar. La luz indica la presencia de Cristo resucitado en el mundo y con nosotros, como la flama que quemaba día y noche en el templo era una señal a los judíos que Dios estaba presente en su Santa morada en la tierra. Podemos imaginar la alegría de los Macabeos cuando encendió su fuego con un poco de aceite consagrado y permaneció encendida durante ocho días. Era una señal de que Dios estaba con ellos, que no había abandonado a pesar de los intentos profanos del rey sirio. San Juan quería que veamos de nuevo a esa luz en la persona de Jesús – que él fue una bendición del templo otra vez por su Santa presencia. Pero algunos de quienes que se reunieron alrededor de la flama de Jesús no podían o no querían ver lo que era antes de ellos. Jesús le dijo a la multitud, “Lo que el Padre me ha dado es más grande que todo, y nadie se lo puede quitar. El Padre y yo somos uno solo.” Qué declaración audaz fue. Hubiera dado una sacudida eléctrica a los que la oyeran - incluso a los discípulos, creo. Pero San Juan invita a los discípulos y nosotros, a oír de nuevo a esta declaración que Jesús hizo en la fiesta de la dedicación, a través del lente de los testigos de la resurrección. Jesús es la fiesta de la dedicación – dondequiera que esté presente, Jesús dijo que también está presente Dios. Dondequiera que Jesús esté presente, allí estará la luz y la esperanza. Jesús puede limpiar el templo, no importa cómo tan contaminado, con su propia sangre. Lo que sea feo o profano, la luz de Jesús se convierte en hermoso y Santo otra vez.

No podemos conocer la identidad de Jesús completamente a menos que vaya con su muerte y resurrección. De lo contrario, si fuera sólo un gran maestro y un trabajador del milagro, tal vez un tipo de mártir, que se limitaría a un momento determinado de la historia. Como el Señor resucitado, Jesús es quien decía ser, "uno con el padre," presente a nosotros en todas las épocas y en todos los lugares. No importa cómo cubierto y avergonzado que se convierte alguien en pecado, no importa cómo las fuerzas de la oscuridad nos atan al miedo y a muerte: Jesús puede borrarlo completamente - que lava todo en su amor y su sacrificio por nosotros. Su presencia resucitada es nuestra esperanza eterna y nuestra alegría. Jesús estaba parado en el pórtico, y respondió a las preguntas de los judíos y de nosotros acerca de su identidad. Lo vemos a través del testigo de San Juan y por nuestra lente de esperanza en la resurrección. Jesús es quien nos realiza en tiempos de confusión y miedo. Es la fiesta de la dedicación que purifica el mundo cuando sea profanada. Jesús hace nuevas todas las cosas y santifica a todas las personas.

Jesús es la luz, la presencia permanente de Dios con nosotros, incluso la noche más oscura. ¿Quién es Jesús? Él responde, Las cosas que yo hago con la autoridad de mi Padre, lo demuestran claramente;... Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán ni nadie me las quitará.”

Creemos porque sabemos que Jesús murió para limpiar el mundo de pecado y luego se levantó desde los muertos para compartir su vida eterna con nosotros. Conocemos su voz porque cada año nos celebramos su fiesta de la dedicación - al recordar su pasión, su sufrimiento y muerte en la Cruz y los tiempos que apareció resucitado a sus discípulos y amigos. ¿Qué más necesitamos saber? ¿Qué otra prueba necesitamos? Estas obras y acontecimientos son todo el testimonio que necesitamos a reconocer a Dios en medio de nosotros en el pórtico. Nuestros ojos se abren. Sabemos que Jesús es nuestro Pastor y la luz de Dios que va a brillar por siempre. Amen.